



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Advertencia.* = *Revista local,* por D. Francisco Flores Arenas. = *La despedida,* por D. Luis del Barco. = *Rugier de Auriga,* novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo. = *Correspondencia.* = *Geroglífico.*

ADVERTENCIA.

En prensa el cuaderno correspondiente al primer número de este mes, ha sido necesario demorar su publicación á causa de que el vapor *Balear*, que trae los figurines correspondientes á él, ha retardado su llegada por consecuencia de averías. Como los trabajos estaban ya confeccionados de antemano, aparece en el presente número el consiguiente error en la foliación, la cual será duplicada en el cuaderno, cuando se dé á luz, que esperamos fundadamente sea el domingo inmediato.

CRONICA LOCAL.

El Circo de Mr. Price sigue en favor, y el público acude allí, ó porque es moda, ó porque el público tiene frecuentemente el capricho de concurrir á donde está peor. Los palcos, verdaderos chiqueros de toros, ofrecen en sus nueve décimas partes por lo menos la comodidad para las señoras de no ver y de que no las vean. Pase lo primero, pero para lo segundo no hay conformidad posible. Las sillas ya son otra cosa; por eso cuestan un ojo de la cara: solo que el estar sentado en ellas exige haber hecho un curso ó dos de equilibrios con los Mariani. En las de detrás no se ve,

NOVIEMBRE.

porque como todo el piso está al mismo nivel, no hay vista que penetre al través de diez espaldas y de otros tantos sombreros. En las de delante se está en conversacion íntima con la caballería; no hay resoplido ni espumarajo ecuestre que no se aproveche de primera mano, ni hay salpicon de tierra que no caiga encima de la nagua ó del frac, cuando no de los ojos. Eso amen del no improbable caso de que el animalito amague con algo mas grave y de mayor compromiso para alguno de los cinco sentidos. ¿Quién va á responder de la policía de un cuadrúpedo?

Además, el alumbrado es fatal. Las luces de gas de la lucerna, no estando como no están resguardadas de la acción del viento, relampaguean, se amortiguan, se apagan casi, tornan á revivir, y en esta oscilacion perpetua pasa cada cual la noche restregándose los ojos y perdiendo acaso lo mejor del espectáculo.

Hay un lleno, cosa comun; pero es el caso que allí los llenos no son tales, son repletos. El Circo entonces no puede decirse que rebosa de gente, es que revienta de gente; porque se deja entrar al que cabe y al que no cabe. ¿No hay donde sentarse? Eso no importa; que estén de pié; y cuando aun así se ocupe el sitio todo, que los que entren de nuevo se monten sobre los hombros de los primeros. Así empezarán á ensayarse en hacer *juegos icários*. La infantería de á peseta acaba por obstruir el callejon que media entre las gradas y los palcos, y los inquilinos de estos últimos, viendo sus puertas tapiadas por una pared de carne humana, se tienen que resignar á verse encerrados en sus ratoneras el tiempo que dure la función, toda vez que no pueden volar para salirse por arriba.

Todo esto, sin embargo, se dá por bien empleado á vueltas de ver saltar á caballo una cinta, que los que la sostienen hacen pasar por debajo de los pies del *artista*; y tras de

esta cinta, dos; y luego un biombo de papel tan delgado que se rompe él solo con un estornudo; y luego otras cosas á este tenor, que han visto ayer y antes de ayer; que han visto todos los días un mes hace, y que segun las señas volverán á ver de aquí á otro mes: porque el hecho es que esta es la base de los espectáculos, y que lo que en ellos pueda haber de verdaderamente notable ocupa lo menos del tiempo.

Para tales cosas el dinero sobra. Nosotros nos daríamos por contentos con que para otras cosas de mas permanente interés no faltase. Acaso de ello nos ocupemos en sazon oportuna.

El Balon sigue aprovechando la buena racha. Euterpe y Terpsicore en dulce consorcio le han cobijado bajo su doble manto, ó lo que es lo mismo, las señoritas Ramirez y Medina le hacen la olla gorda á duo. El domingo último nos dió una funcion compuesta del drama *Hija y madre*, de algunas piezas cantadas por la espresada señorita Ramirez y del baile *La granadina*, del cual una parte se hizo repetir, sin considerar que se condenaba á sábanas de aguardiente al objeto de aquella ovacion. La marina rusa, estasiada, pudo comprender toda la diferencia que hay entre diez grados bajo cero y la temperatura de aquel baile, y algun individuo de ella arrojó al escenario un hermoso ramo de flores. Las piezas de música fueron grandemente aplaudidas, y con sobrada causa; porque la señorita Ramirez, siempre inteligente y graciosa, está en ellas como el pez en el agua; y hasta hubo sus aplausos para el drama lloron de *Hija y madre*, al cual le sobran actos ó le falta accion, puesto que hay muchas escenas que se repiten casi con las mismas palabras.

Por fin del espectáculo se ejecutó la pieza *Un protector del bello sexo*, muy vista ya, pero en la que no nos pareció mal el jóven Sr. Carvajal.

La concurrencia fué numerosísima.

El Principal no ha podido presentar aun sus anunciadas novedades, y así tiene que esperar á la vela, dándonos un trabajo puramente interino; lo cual le perjudica, como no puede menos de suceder.

Se ha visto precisado por tanto á poner en escena *Los diamantes de la corona*, que á puro manoseados ya no brillan, y zarzuela que en rigor vale poca cosa, puesto que solo tiene de notable tal cual número, como por ejemplo el bolero, en el cual su gracioso corte hace cerrar los ojos acerca de la impropiedad de que en un concierto dado por el ministro regente de Portugal, se cante al son de las castañue-

las semejante pieza de música, y lo que es mas, que se cante por la misma reina y por la hija de tan alto personage como se supone ser el conde de Campo Mayor.

Por eso, y porque la ejecucion fué endeble por parte de los mas, la zarzuela no arrancó otros aplausos que los que se dieron al dicho bolero, que se hizo repetir, y los que obtuvo muy llenos y bien merecidos la Sra. Solera en su romanza.

Siguiendo esta marcha provisional en el trabajo se dieron el miércoles dos zarzuelas: *El postillon de la Rioja* y *El amor y el almuerzo*. La entrada, como era de preveer, fué escasa. ¿Qué gente han de llamar producciones tan esplotadas y tan vistas?

Y aquí llamamos la atencion hácia un punto que dejamos olvidado en nuestra anterior revista. ¿Por qué se suprimió en *El relámpago* la cancion que cantan á duo la tiple y el tenor? Nosotros somos enemigos de que á las obras se les quiten ó se les pongan piezas, y por eso nos pareció muy mal la supresion del segundo terceto de la *Marina* en la anterior temporada. Ahora es cuando se ha visto todo el partido que se podia sacar de él, como lo ha sacado, y grande, la Sra. Solera.

De las demás novedades de localidad ocurridas en estos dias habria que decir mucho, y á fé muy divertido; pero nuestro periódico no puede hablar de todo ni le es lícito manejar los naipes de la política. Lástima es, porque de otra suerte entretendríamos un rato á nuestros lectores con las peripecias del juego de *Viva mi amor* del primer distrito electoral; juego en el que, segun saben los que le conocen, hay cuatro jugadores, y cada uno va juntando en su mano uno de los cuatro palos de la baraja.

Mas puesto que nos es forzoso renunciar á esta tarea, quede así por nuestra parte, y vamos á otra cosa.

Se ha verificado con todo aparato y á grande espectáculo la exhibicion anual de *Los todos santos*. Los puestos de frutas se han salido de madre, y la autoridad ha tolerado este desman de las castañas, las nueces y las batatas en gracia del privilegio sancionado por inmemorial costumbre para semejante dia. Ha habido banderas, transparentes, y hasta iluminacion de vasos de colores. Era la fiesta de la gula y la apoteosis de la indigestion.

Esto pasaba la víspera del segundo dia de elecciones. Los chicos corrian tras las camueas; los hombres tras los votos: aquellos querian llenar la despensa de su casa; estos la urna de su distrito.

La procesion de la Virgen de la Palma en

aniversario del gran terremoto se verificó entre un inmenso gentío, según es costumbre. Este es un acto religioso el mas popular quizá y el mas espontáneo de Cádiz.

Por razones que entonces hubo se prohibió años ha la entrada pública en el cementerio la tarde del día de difuntos. Esta prohibición se continuó después; pero este año parece que se ha alzado. Tal al menos se nos ha dicho por personas que estuvieron, y que nos han asegurado que una inmensa concurrencia acudió allí á ver los faroles, las bombas de cristal y las guirnalda de flores que adornaban los nichos. El paseo del Peregril dicen que se trasladó en masa á la morada de los muertos. Seria curioso averiguar, á ser posible, cuantos padres nuestros se rezaron allí aquella tarde por las almas de los que en aquel sitio estaban sepultados.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LA DESPEDIDA.

Suenan las seis de la noche;
grita el mayor: "al coche."

Presa de angustia cruel,
y el pié en el estribo ya,
estrecha místico el doncel
la mano que ella le dá.
La gente acude en tropel;
se oye rumor tumultuoso;
echa votos el cochero;
y mientras llega un viajero
perezoso,
así el uno al otro amante
se juraba fé constante:

—Con Dios queda.

—Adios, María.

—¿Te acordarás...?

—Noche y día;

que tu cariño inocente
es alma del alma mía.

—Y ¿qué harás, estando ausente?

—Cuando en las sombras la luna
vierta su luz plateada,
en su rostro reflejada
dulcísima cual ninguna,
veré tu amante mirada.

En las gotas de rocío
que deja al huir la aurora
en la flor que la enamora,
yo contemplaré, bien mio,
tu sonrisa encantadora.

Cuando allá en el cénit brilla
mas vivo el rayo del sol,
si estás del mar en la orilla
me traerá de tu mejilla
el candoroso arreból.

El céfiro al despertar
en el seno de la tarde,

tus plantas irá á besar
y este mensaje á llevar:
"el ángel de amor te guarde."

¡Qué me acuerde! vano empeño,
si tú sola, noche y día
embargas mi fantasía,
¿de olvidarte seré dueño?

Nunca, nunca. ¡Adios, María!

—¡Adios! ¡Adios...!

"guia guia....."

bronea una voz repitió

sin parar

que el coloquio interrumpió.

Se oyó el látigo chasquear;

el galán se retiró,

y al momento

con rotante movimiento,

el coche se vió alejar.

LUIS DEL BARCO.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POE

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

(CONTINUACION.)

—Os lo juro, contestó el capitán alargando su mano, que Adrian estrechó con cariño.

—Marcho tranquilo, y ahora me separo de vuestro lado para dar mis órdenes y hacer los preparativos de viaje.

—Tomad este anillo, dijo Rugier sacando el que llevaba en el dedo; él os franqueará la entrada en el alcázar del rey de Aragon.

Catalina habia permanecido un poco apartada de los dos jóvenes durante la conversacion que acababan de tener. Al escuchar las protestas de recíproca avenencia que se hacian mutuamente, y sobre todo el juramento del joven Lauriga de respetar su honor; la bella joven no pudo disimular la emocion que esto le causaba, y en cuanto vió salir á su hermano murmuró llena de un júbilo de que apenas podia darse cuenta:

—Oh! el anillo es del rey; luego no es de ninguna dama!

En seguida enjugó una lágrima furtiva suspendida habia rato entre sus largas pestañas, y tratando de aparentar serenidad se aproximó á Lauriga diciendo:

—Me retiro porque estais fatigado; habeis tenido una conferencia muy larga y es de temer que os haga daño.

—Oh! no, de ningún modo, no lo temais; me siento muy bien, porque esa conversacion

que acabo de tener con vuestro hermano me ha servido de gran satisfaccion y contento al pensar que quizá no tengamos mas contien-
das, quedando amigos, no tan solo nosotros, sino tambien nuestros respectivos reinos. Tal vez el haber caído yo en manos de los que fueron mis enemigos, haya sido una cosa providencial.

—No todos eran entonces vuestros enemigos, repuso Catalina maliciosamente.

—Ah! teneis razon; soy un ingrato pues me olvidaba de vos; de vos, Catalina, que habeis sido mi ángel tutelar. Perdonadme esta falta involuntaria.

—Estais perdonado; mi solo deseo es que se pueda conciliar la paz entre los dos reinos, y que tengamos á nuestros enemigos por hermanos. Si esto no fuera posible, cuando menos nos unirá con vos la mas cordial amistad.

—¿Nada mas que amistad, señora?

—¿Qué mas queréis? Una buena amistad es el lazo de union mas sagrado, por lo mismo que es espontáneo y concebido por la afinidad de pensamientos é inclinaciones.

—Pues bien, eso mismo me sucede á mí: yo conozco que mi carácter y el vuestro se han de avenir muy bien; tan bien, que estoy viendo me será imposible separarme de vuestro lado sin dejaros mi corazón.

—¿Por ventura os habeis olvidado ya de Ana?

—De qué Ana? dijo el jóven sorprendido.

—Sí, de aquella Ana que os manda matar...

—¿Por dónde sabeis eso, señora? decidmelo por favor.

—Parece que os alterais y no hay ninguna necesidad de eso: estad tranquilo, D. Rugier; nadie lo sabrá mas que yo; el secreto está perfectamente guardado.

—¿No podré yo saber, si esto no os perjudica, quién os ha revelado ese fatal secreto, que solo existia entre Ana y yo?

—Vos mismo.

—Ah! ya caigo; en algun acceso de delirio tal vez....

—Justamente: ya veis que sin querer he sondeado vuestro corazón, y por vuestra misma boca me consta que no es vuestro; luego muy mal podeis dejarlo en esta morada cuando no mandais en él.

—¿Yo he dicho que amaba á esa Ana? Imposible, ni aun delirando. No puedo yo amar á una mujer que exige en recompensa de su mano la ejecucion de un crimen.

—Un crimen! Oh! y vos aceptabais esa condicion?

—Nunca! señora; nunca! pero era preciso

respetar los mandatos del rey, y sobre todo de mi padre.

—No os comprendo; ¿decís que Ana os manda y obedecéis al rey y á vuestro padre!

—Seré franco con vos, Catalina, y espero que conociendo mi situacion sereis indulgente conmigo.

—Entended, D. Rugier, que nadie os exige que digais vuestros secretos.

—No importa, señora; sabed que el rey de Aragon me ha tenido á su lado toda la vida dándome pruebas de gran cariño, lo mismo que á mi padre. Un dia me llamó y me dijo: Para que veas que te quiero, me he ocupado seriamente de tu suerte, y hemos convenido tu padre y yo en casarte con Doña Ana de Sobradriel, condesa de Cinco-villas, huérfana de padre y madre. Despues que se efectúe este casamiento te haré señor de Albarracin.

—Siendo así no podiais negaros á una proposicion tan ventajosa.

—Ah! mis labios decian que sí, pero el corazón se rebelaba contra esta debilidad: yo no puedo ser de Doña Ana por mas que el rey y mi padre se empeñen.

—¿Y perderiais el condado de Cinco-villas?

—Sí, señora.

—Y perderéis el señorío de Albarracin que siempre, ó casi siempre, lo han poseido príncipes?

—Lo perderé todo; hasta la gracia de S. A. el rey, con tal de perder á Doña Ana.

—Decís la verdad, D. Rugier?

—Es tan cierto lo que oís, que si el rey se empeña en casarme con Ana, dejaré de serle vasallo fiel y me iré á Portugal.

—Pues bien, prestad al rey un señalado servicio y en recompensa exijidle que os libre de ese compromiso.

—Esa es mi idea al tratar con vuestro hermano de arreglar la paz.

—Eso solo no os basta.

—Yo qué otra cosa puedo hacer?

—Por ejemplo: que la paz se concierte á medida de su deseo.

—¿Que el de Francia nos devuelva los pueblos que disputamos?

—Eso es; los cuatro pueblos.

—¿Y cómo va á acceder á eso? no es posible.

—Yo pondré los medios para que acceda; y en vez de ir dos embajadores iremos tres: yo pretestaré á mi hermano que no quiero quedarme aquí sola.

—Ah! Catalina, permitidme que os diga que os amo! os amo! y sin vos no espero felicidad en la vida.

—D. Rugier, acordaos del juramento que

habeis hecho á mi hermano; os prohibo que me habéis así.

—Perdonad, señora; he faltado por primera vez; pero sabré cumplir mi juramento como cristiano y caballero que soy.

CAPITULO VI.

El día 8 de Agosto de 1304 se notaba grande agitacion y movimiento en el alcázar de los reyes de Aragon. El rey con su esposa y toda la nobleza de la corte marchaba aquel día á Torrellas, donde debia tener una conferencia con los monarcas de Castilla y Portugal en el mismo sitio donde veinte y tres años antes la tuvieron D. Alonso rey de Castilla y D. Pedro de Portugal.

En la antecámara del rey se hallaban varios caballeros, y entre ellos D. Artal de Luna, gobernador de Aragon, que recibia las órdenes del rey para transmitir las á los demás. Le habia dicho saliendo de la real estancia que S. A. estaba dispuesto para marchar dentro de media hora, y todos esperaban con impaciencia hablando los unos con los otros, cuando penetró en el salon un jóven escudero pidiendo ver al rey. D. Artal se acercó á él diciendo:

—No es posible lo que deseais; S. A. va á marchar dentro de pocos minutos y no da audiencia á nadie.

—Me la dará á mí; decidle que tengo precision de hablarle antes de marchar, que el asunto le interesa.

—Podeis decírmelo á mí que es lo mismo, yo se lo transmitiré, si tanto os urge.

El recién llegado miró á D. Artal con altanería y le dijo:

—Necesito verle yo mismo, caballero; y supuesto que mi palabra no os basta, mirad; exclamó mostrando un anillo que llevaba puesto y que tenia grabadas las armas reales.

D. Artal saludó respetuosamente y dijo al desconocido:

—Seguidme.

Prévio aviso entraron los dos á presencia del rey. A la sazón se hallaba este con su esposa que tambien iba á marchar. La reina estaba con sus damas en un extremo de la cámara, y el rey hizo señas á D. Artal de que se acercase con el desconocido, el cual se adelantó, hincó la rodilla en tierra y presentó al soberano el anillo que traia puesto.

—Ah! dijo al reconocer aquella joya; ¿me traeis noticias de ese estimable jóven...?

—Sí, señor, repuso el desconocido sin dejarle acabar la frase; pero tengo órdenes de comunicároslas sin testigos.

—Retírate, Artal, dijo el rey; y luego dirigiéndose á la reina añadió: que salgan vuestras damas, señora; necesitamos estar solos.

Después que lo estuvieron los reyes y el desconocido, que no era otro que Adrian de Montalvo, dijo el rey:

—Acercaos, jóven, y decidme cómo ha venido á vuestro poder este anillo que pertenece á mi querido Rugier de Lauriga.

—Señor, vengo de su orden.

—Ya entiendo; ¿estariais tal vez al servicio suyo?

—Yo no sirvo mas que á mi rey; exclamó Adrian como herido en su amor propio; mas luego tratando de dominarse algun tanto prosiguió. Este trage no me pertenece; me lo he puesto para llegar hasta vos sin peligro de ser reconocido. Yo soy un caballero.

—Oiga! dijo el rey; acercaos, señor caballero, besad mi mano y decidme quien sois y dónde está Rugier.

La reina que hasta entonces habia estado distraida, fijó en este momento su atencion en Adrian y exclamó:

—Montalvo! primo mio, vos aquí?

—Ah! es vuestro primo Montalvo, nuestro enemigo, exclamó el rey. Vamos, empiezo á comprender algo; teneis en rehenes á mi buen Rugier y venís á ajustar su libertad. ¿No es cierto?

—No, señor; Rugier no puede llegar á la presencia de su soberano porque sus fuerzas físicas no se lo permiten; pero por lo demás, Rugier es tan libre como el aire. Nosotros obramos así: cuando vemos á un enemigo nuestro lleno de heridas y que la muerte le amenaza, sabemos socorrerle á riesgo de nuestra vida y prestarle los auxilios que necesita. Esto podrá decir Lauriga de los navarros.

—Luego está herido?

—Sí, señor; en la cabeza y de gravedad, aunque ya el peligro ha desaparecido.

—Y... sois vos quien lo socorrió cuando cayó herido?

—Mi hermana lo auxilió en los primeros momentos y después he secundado su piadosa accion. Mi cirujano le ha asistido con los auxilios de la ciencia, y al fin hemos logrado que se salve, si bien tiene que pasar algun tiempo antes de que esté en disposicion de ponerse en camino.

—Decidme: ¿el rey Felipe vuestro primo está enterado del caso?

—Sí, señor; dijo Adrian venciendo la repugnancia que le causaba aquella contestacion inexacta.

—¿Y qué os ha dicho de vuestras bondades?

—Que hicimos bien en socorrer á un caballero tan valiente y entendido como lo es vuestro capitán.

—Quedo muy reconocido, tanto al rey de Francia como á vos, y siento que nuestros intereses se hallen tan encontrados. Podeis creerme, Montalvo; en mis oraciones ruego á la divina providencia que nos dé acierto para terminar esta lucha.

—Si vuestro deseo es ese, no lo es menos el de mi señor el rey. Créame V. A.; por esto mismo Rugier y yo, prescindiendo del grande afecto que nos profesamos, hemos pensado cada cual en interponer nuestra pobre influencia cerca de nuestros respectivos soberanos á fin de que cesen las hostilidades y concertemos la paz.

—Muy bien pensado. ¿Pero cuáles son vuestras proposiciones, señor embajador?

—Entended, señor, que la embajada es espontánea.

—Tanto mas loable es la accion; pero contestad á la pregunta que os hice: ¿qué proposiciones me haceis para ajustar la paz?

—A V. A. le toca proponer.

—Pues bien; devolvedme los cuatro pueblos que son míos y el estandarte que habeis cojido á Rugier.

—El estandarte es imposible porque no lo consentiria mi real pariente, ni yo propondria semejante devolucion. Ved, señor, que hemos adquirido en buena lid y dentro de nuestro propio terreno esa prenda que guardaremos con orgullo, pero tambien con respeto. De otro modo se dudaria de nuestro valor, diciéndose acaso que puede penetrarse impunemente en una poblacion de Navarra. Los de Sangüesa tienen ya con vuestro estandarte un timbre mas en su escudo. Ya veis, señor, que lo que pedís es de todo punto imposible. En cuanto á los pueblos de Lenda, Uliá, Filera y Salvatierra, es diferente; si el rey mi señor quiere, vuestros serán desde luego.

La reina que hasta entonces habia permanecido silenciosa, se dirigió á su esposo y con acento cariñoso le dijo:

—Vamos, señor; sed indulgente con mi primo y aceptad esa proposicion para que no se derrame mas sangre, ¿qué os importa el estandarte con tal de que recuperéis lo que estábais disputando? Desde ahora que se llame Montalvo nuestro mejor pariente y amigo, y con él todo el reino de Navarra.

—Mi buena y querida Blanca, observó el rey sonriendo, sabe que mi flaco es mirar por el bien de la humanidad; siempre me ataca por ese lado y consigue lo que quiere. Vaya,

que sea así; devolvedme los pueblos y somos amigos.

—Estoy seguro, exclamó Adrian, que mi rey accederá, y para cuando volvais de vuestra expedicion os pondremos en posesion de los cuatro pueblos.

—Qué me place! contestó el rey: (1) ahora si deseais descansar, daremos orden de que os preparen habitacion.

—Gracias, señor; pero no me es posible detenerme; tengo precision de marchar hoy mismo.

—En ese caso nos acompañareis viniendo con nosotros hasta Torrellas, que dista de Navarra solo cuatro ó cinco leguas: os conviene?

—Me honrais demasiado y acepto con mucho gusto.

—En ese caso ofreced vuestro servicio á la reina y pongámonos en marcha.

Adrian obedeció, y ofreciendo respetuosamente el brazo á su augusta prima, salieron de la régia habitacion. Al pasar por la antecámara donde se hallaba la nobleza reunida, observó que todas las miradas se fijaban en él con asombro, sin duda porque le veian tan honrado, vestido como iba de escudero.

Adrian dejó escapar una burlona sonrisa y dijo para sí:

—Por esta vez, señores palaciegos, debéis confesar que no siempre el hábito hace al monge.

CAPITULO VII.

Torrellas (2), lindísima villa de unos trescientos vecinos poco mas ó menos, situada en la falda de Moncayo á tres cuartos de leguas de Tarazona, está rodeada de montes poblados de viñas, granados y toda clase de árboles frutales que ofrecen una vista en extremo pintoresca.

En la época á que nos referimos no tenia Torrellas la tercera parte del vecindario que hoy cuenta, y aunque la historia consigna que la entrevista de los reyes se verificó allí, no fué precisamente en el pueblo y sí en un monte cercano que forma una roca como cortada á pico, razon por la cual la llama *La Mesa de los tres reyes*.

En la actualidad tiene Torrellas una ó dos

(1) Cuando el rey volvió de Torrellas, los navarros le tornaron los pueblos de Lenda, Uliá, Filera y Salvatierra.—(Mariana.)

(2) Torrellas se llamó en la antigüedad *Torreillas*, por deberse su fundacion á varias quintas ó casas de campo que en Aragon se llaman *torres*, y si son pequeñas *torrecillas*.

fábricas de tejidos, varios batanes, y otras industrias que contribuyen á que en aquel pueblo no sea la miseria tan general como en otras de escaso vecindario, donde por lo comun está repartida la riqueza entre media docena de personas mas ó menos pudientes.

Pero volvamos á reanudar nuestro interrumpido relato.

Al cabo de tres dias de camino el rey de Aragon llegó á Torrellas donde le aguardaban los de Castilla y Portugal. Poco despues la conferencia habia tenido efecto, y los tres reyes, las tres reinas y la infanta Doña Isabel, hermana del rey D. Fernando IV de Castilla, que habia estado casada con el de Aragon siendo luego repudiada por él, toda esta gran comitiva, repetimos, se encaminaban á Tarazona, punto en que debian pasar la noche.

Los monarcas de Castilla y Portugal no estaban muy satisfechos del resultado de aquella conferencia, pues en su concepto solo el de Aragon era quien salia ganancioso (1).

Los reyes atravesaban el rio Cailes por un puente de madera que al efecto se habia improvisado, y varios de los nobles que iban en su compañía conferenciaban entre sí, caminando un tanto rezagados. Uno de los que se quedaron mas atrás, fué Gisberto de Castelnovo, que sostenia una conversacion animada con D. Lope de Haro.

—Válgame Dios! decia este último, y qué ganas tenia de conoceros, vizconde!

—Sí? preguntó Gisberto con curiosidad.

—Sí.

—¿Y desde cuándo, mi jóven amigo? Sabéis que casi siempre estuve alejado de este hermoso pais.

—No lo adivinaís?

—Creo bastante difícil acertar lo que pensais á la distancia de cuarenta ó mas leguas.

—Pues tenia mayores deseos de conoceros desde que ganásteis á Ceuta.

—Y ahora que me conoceis ¿qué os parezco?

—Si he de hablar ingenuamente, repuso el de Haro que era un jóven alegre y lleno de franqueza, os diré que os creia mas vivo de genio, de menos carnes y un poco mas amigo de bromas.

—Vamos, en una palabra, un loco como vos; ¿no es cierto? Estoy seguro que vuestro padre no os habrá hecho esa apología de mi persona.

—Mi padre ni de vos ni de nadie, porque

(1) Los jueces en esta entrevista fallaron que el rio Segura dividiera los reinos de Aragon y Castilla, cosa de grande utilidad para el aragonés, y que antes estuvo disputando con las armas en la mano.

ha suprimido el hablar por creerlo innecesario. No he visto genio como el suyo.

—Juicio, D. Lope, juicio; si D. Diego lo supiera se enfadaria con razon, porque nunca la hay bastante para hacer mofa de un padre, sean las que fuesen sus manías.

—¿Qué regañon es el triunfador de Ceuta! no extraño que al veros con ese gesto tan desabrido huyeran los enemigos de vos como lo hago yo en este instante.

—Os adelantais?

—Sí; me disgusta este paso de andadura y no quiero que me echeis mas sermones. Adios, vizconde.

El jóven picó los hijares de su corcel, que partió al galope, mientras Castelnovo, hombre grave, pero amante de los jóvenes de buen temple, exclamó viéndole partir:

—Diestro ginete por vida mia! y gasta un humor tan alegre, que á pesar de haber tan poco tiempo que le conozco ya le tengo aficion. Sin duda es una buena alhaja en que D. Diego su padre debe estarse mirando.

No bien concluyó de murmurar estas palabras, cuando advirtió que una persona se acercaba saludándole familiarmente.

—Buenas tardes, vizconde, le dijo.

El vizconde se detuvo viéndose frente á frente de un bien portado y hermoso pagecillo de formas esbeltas y graciosas, el cual le estaba contemplando con picáresca sonrisa.

—Quién sois, niño? qué buscaís?

—No me reconocéis, Castelnovo?

El vizconde quedósele mirando como si dudara; pero luego pareció reconocer aquel semblante y exclamó asombrado:

—Cómo! será posible? ó yo estoy loco....

—No lo estais, nó.

—¿Luego sois la condesa de....

—Silencio, Castelnovo, silencio; no pronuncieis un nombre de quien nadie se acuerda por ahora.

—¿Tanto os importa guardar el incógnito?

—Me importa no ser conocida de nadie mas que de vos.

—¿Y qué venís á hacer aquí vestida de hombre y con una apariencia tan impropia de vuestro rango?

—Puede que alguna vez lo sepais, caballero; por ahora os ruego que me presteis un servicio de gran importancia.

—Decid, Ana, qué necesitais?

—Que hableis á ese jóven con quien estáis hace algunos momentos.

—Y qué le pido?

—Le pedireis que me lleve á Castilla en servicio suyo.

—Habeis perdido el juicio?

—No ciertamente.

—Pero, ¿qué cuenta dareis al rey de vuestra persona?

Tengo bien tomadas mis medidas: el rey, la reina, todo el mundo cree que estoy á estas horas en mi casa de Sobradriel, con Berta mi vieja aya.

—Bien puede ser; pero mirad que ese jóven á cuyo servicio quereis entrar tiene una cabeza descompuesta, y si él descubriera que no sois lo que quereis parecer....

—Nada temais, vizconde, si él lo llegase á descubrir, (cosa que no sucederá) de seguro no volveria á verme en su vida.

—Pero qué fin os proponéis con llevar á cabo semejante viaje?

—Permitid que no conteste á semejante pregunta; es un secreto que no puedo revelar.

—Siempre que ese secreto no os haga desmerecer á vuestros propios ojos, señora, dispuesto estoy á servirlos en todo.

—Os comprendo; pensais que amo á D. Lope de Haro, y si tal habeis creído os juro por la gloria de mi padre que ni él ni otro alguno es dueño de mi corazon.

—En ese caso vos sabreis lo que intentais; yo sigo adelante á ver si logro alcanzar al de Haro y recomendaros á él. Adios Ana.

—Id con él, vizconde de Castelnovo.

El caballero desapareció y Ana tomó por un atajo en el cual la estaban esperando.

Así que Castelnovo estuvo al alcance de D. Lope le llamó y le hizo señas de que se esperara. El jóven detuvo su bridon, y así que el vizconde hubo llegado hasta él, exclamó con el tono alegre que le era habitual.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

Sra. D^a C. O.: *Palma*.—Queda V. suscrita por 3 meses desde 1^o del actual.

Sr. Don G. A.: *Haro*.—Id.

Sra. D^a M. L. S.: *Madrid*.—Id.

Sra. D^a A. B. de A.: *Oviedo*.—Id.

Sra. D^a J. S.: *Zaragoza*.—Id.

Sra. D^a C. M.: *Sevilla*.—Id.

Sr. Don J. R.: *Badajoz*.—Id.

Sra. D^a A. P.: *Barcelona*.—Queda renovada su suscripcion por 3 meses desde 1^o de Octubre.

Sr. Don M. B.: *Sevilla*.—Se recibieron los sellos para renovar su suscripcion.

Sr. Don L. M. de la P.: *Sevilla*.—Al remitirle el número 48 se le ha duplicado el 46.

Sr. Don F. G.: *Sevilla*.—El dia 3 se le ha duplicado el número 45.

Sr. Don F. G. V.: *Jaen*.—Queda admitida su proposicion.

Excmo. Sr. Don F. J. A. de U.: *Sevilla*.—Cumpliéndole sus órdenes se han detenido en esta admi-

nistracion los números publicados despues del 14 de Agosto de este año, y el 31 del mes anterior se le han remitido por aviso de uno de nuestros correspondientes de esa. Segun se ha servido V. manifestarnos verbalmente se le considera á V. como suscriptor perpetuo.

Sr. Don J. V.: *Palma*.—El dia 31 de Octubre se le ha duplicado el número 44 que reclama V. por conducto del correspondiente de esa.

Sra. D^a M. F. y V.: *Alfaro*.—Se ha recibido en sellos el valor de los números de LA MODA del mes de Diciembre de 1857. Por el número que se le duplicó, del cual nos habla en su atenta del 26, nada tiene que remitir.

Sra. D^a C. Q. Z.: *Linares*.—Por aviso de don M. S. queda V. suscrita por 3 meses desde 1^o del que rige.

Sr. Don J. P. y T.: *Berga*.—El dia 3 se le han remitido los números 16, 37 y 44. Nada tiene que abonar por ellos.

Sra. D^a A. R. de L.: *Málaga*.—Se han recibido los sellos para suscribirla por tres meses desde 1^o del mes de Octubre anterior.

Sra. D^a A. A.: *Benasque*.—Queda V. suscrita hasta fin de Marzo. En el patron de Diciembre encontrará lo que desea.

Sr. Don M. de V.: *Chiclana*.—Queda tomada nota de su suscripcion por 6 meses desde 1^o de Noviembre: su importe de 54 rvn. puede remitirlo en sellos de correos.

Sr. Don F. Q.: *Cádiz*.—Por razones particulares no podemos insertar en LA MODA la composicion poética que se ha servido V. remitirnos. Puede V. mandar recoger el original ó bien decirnos el punto donde podemos entregarlo.

Solucion del geroglífico anterior.

Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

